

~~El Comandante Armando André, pretende volar a Weyler con dinamita dentro de su mismo palacio, abril 27, 1896.~~

~~Con el fin de prestar un señalado servicio a la Patria y más que todo a la humanidad, penetra valientemente en el Palacio de la Plaza de Armas, conocido por Capitanía General, donde residía Valeriano Weyler y Nicolau, y coloca tranquilamente una bomba de dinamita en uno de los retretes del mismo, dándole fuego a la mecha.~~

Copiaremos la explicación que el mismo André hace en su folleto, titulado Explosiones en la Ciudad de La Habana, en el año 1896.

Los preparativos. El asturiano Ceferino Vega se hizo cargo de la dinamita y la guardó en su domicilio, calle de Omoa número 43.

Días después nos apoderamos de una casa vacía en la calle de San Nicolás número 147 y allí fabricamos la bomba.

Eramos tres: el Asturiano, un carpintero llamado Rafael Domínguez y yo.

Domínguez hizo la caja de madera con un forro interior de cobre que la hacía muy resistente, y tenía por dimensiones un pie cuadrado por tres y medio de largo. Su forma era oblonga. Parecía, con su forro exterior de género negro y su agarradera de bronce, una caja de violín o cosa así. No podía infundir sospechas, llevada con naturalidad.

Se amasó la dinamita para reducirla, a fin de que cupiera en la caja mayor cantidad. Operación peligrosa, que había que hacer

10
p. 10

con las manos embarradas en aceite y que efectuó el Asturiano con la tranquilidad de un panadero en su artesa.

Yo preparé la mecha, que gradué a cinco minutos de duración, haciendo allí mismo experimentos al efecto. Tenía la cualidad de humear mucho, pero no había modo de obviar este inconveniente y hubo que conformarse con él.

La mecha, en uno de sus extremos, llevaba un fulminante muy activo, que se introdujo en el centro del amasijo, enroscando aquella hacia un lado dentro de la caja.

Por un agujerito practicado en una esquina de ésta asomaba el otro extremo de la mecha que debía recibir el fuego.

Finalmente, se cerró la caja con fuertes tornillos, y quedó terminada esta primera parte de la operación.

Cada uno se marchó a su domicilio, llevándome al mío la bomba, que guardé cuidadosamente.

Salí en seguida, y me dirigí a Palacio para estudiar sobre el terreno cómo iba a conducirme al día siguiente, fijado para realizar el acto.

El Ayuntamiento estaba donde mismo está hoy, ocupando las partes del Palacio correspondientes a las calles de Obispo y Mercaderes.

Noté que por esa parte entraba y salía una verdadera muchedumbre, cuya tranquilidad e inconsciencia de lo que iba a suceder me hizo pensar en el éxito más completo. Me confundí entre ella, y entré por la gran puerta que da a la calle del Obispo.

En la planta baja había oficinas y una imprenta militar. Avancé hasta el corredor interior que circunda el patio y torcí a la izquierda, dirigiéndome a los inodoros, que estaban en el ángulo

10
en
10

comprendido por las calles de Obispo y Mercaderes.

Este sitio me pareció el indicado para el acto, pues perpendicularmente a los inodoros y en la planta alta tenía el general Weyler su despacho. Esto lo averigüé allí mismo en aquel momento, interrogando a un empleado que me tomó por un repórter de la prensa.

Quedé satisfecho de mi exploración y me retiré hacia afuera, sin haber llamado la atención de nadie.

La explosión en Palacio. El 28 de abril de 1896, a las once de la mañana, partí de mi domicilio, Lagunas número 93, en un coche de plaza, llevando la bomba de dinamita.

Me dirigí primero a San Miguel esquina a Industria, donde vi a Julián Valdés, para anunciarle el golpe, a fin de que no se enseñaran mucho ese día los que podían temer algo de la policía.

Cambié de coche en este punto, dirigiéndolo a la calle de Obrapia esquina a Oficios, donde estaba "El Asturiano" esperándome.

Le ordené se aproximara a Palacio y esperara por sus alrededores, por si podía auxiliarme en caso de una desgracia. Estábamos armados de revólver.

Tomé, solo, por Oficios, a pie, con la bomba que pesaba mucho, 23 libras.

De su peso, deduje el mejor resultado y dupliqué mis fuerzas.

Doblé Obispo, y resueltamente, entré por la puerta principal del Ayuntamiento.

A esa hora no se veía gente ninguna. Sólo el portero, que me dió los buenos días gratuita y benéficamente.

10
su
10

Recorrí el mismo trayecto andado el día anterior, llegando a los inodoros con paso natural y sin encontrar a nadie en mi camino.

Me encerré en uno de aquellos departamentos, dejando casi caer la bomba, que me dejó el brazo entumecido, y con un tabaco que de antemano había encendido al dejar el coche, le di fuego a la mecha.

Esta, humeaba al arder, produciendo un sonido seco, como el de un escape de vapor, y exhalaba un olor a azufre, insoportable.

Abandoné en seguida aquel departamento, dejándolo cerrado, y crucé el corredor con dirección a la puerta por donde había entrado; pero hube de confundirme un poco, e inadvertidamente, entré en una oficina de militares.

Uno de ellos me salió al paso, preguntándome:

— ¿Dónde va usted?

— Para fuera, - dije. Y me señaló la salida por la puerta principal, que da a la Plaza de Armas. En ella había una guardia de voluntarios que ni se fijó en mí, y al fin respiré en la calle.

A la sazón cruzaba un coche de plaza, y me metí en él.

— ¡Parque de San Juan de Dios! — grité al cochero, que tomó por Mercaderes, y, ya frente al Colegio de Abogados, sentí la tremenda explosión. Un tronido que estremeció el espacio y el coche donde iba.

— ¡Ya! — me dije, experimentando un desahogo, y miré por la ventanilla, para gozar en la contemplación de una nube de polvo y la desaparición del Palacio, que era el resultado que esperaba; pero una zozobra cruel vino a sustituir mi alegría; el Palacio se erguía, aún, grave e imperturbable... ¿Qué habría pasado?

El cochero exclamó azorado:

— ¿Qué es eso?

— Un correo que habrá entrado, — le contesté. ¡Arrea!

Y en San Juan de Dios abandoné el coche, volviendo a pie, por Aguiar y Obispo, nuevamente a Palacio.

Ya había allí una apiñada multitud, haciendo mil comentarios.

Lo primero que hice fué averiguar si había caído Weyler; pero no existía rumor alguno que confirmara mi deseo. No se lamentaban desgracias personales.

En los primeros momentos se atribuyó el hecho a la explosión del motor de la imprenta militar. Otros opinaban que los gases del excusado la habían producido.

Con algunos curiosos pude entrar en Palacio, en momentos en que sacaban los voluntarios a un pobre viejo amarrado, que se les hizo sospechoso, porque lo habían encontrado temblando en mitad del patio y sin poder articular palabra.

Ví los desperfectos, que consistían en la destrucción total del departamento de inodoros, varios tabiques contiguos habían caído, por el suelo se veían esparcidos persianas y vidrios rotos... Total, nada, en relación a mis propósitos.

Subo

~~Hubieron~~ dos heridos leves.

Weyler estaba en su despacho con varios periodistas y jefes del Ejército Español. Supe que se había estremecido en su asiento, pero seguía vivo y sano.

Salí de allí triste y abatido, quemándome el corazón el recuerdo de aquella frase del General Gómez:

— "¿Y usted es el Don Explosivo?"

10
cu
10

Haber hecho todos los esfuerzos y apelado a todos los recursos a mi alcance por no merecerme ese título dicho así en desprecio, y fracasar al final, era una desgracia a la que no podía conformarme.

¿Por qué la bomba no hizo el estrago que debió haber hecho?

Lo supe días después, consultando el caso con varios inteligentes en la materia, quienes examinaron un resto de dinamita que conservaba, y convinieron en que era de infima clase. No tenía más que un 10 por ciento de sustancia explosiva, y sólo la usaban en los Estados Unidos para abrir pozos y minas, expendiéndola, al por menor, en las ferreterías, como sustancia casi inofensiva.

10
en
10

De modo que había perdido mi tiempo y arriesgado mi vida inútilmente.

Pero eso no se podía quedar así, y me propuse insistir en la demanda.

Mi misión en La Habana no había terminado, y estimé ridículo abandonar el proyecto y presentarme al general Maceo, sin haber hecho nada, haciendo bueno el concepto del general Gómez, y tomé nuevos alientos.

Había que proceder con tiento, porque la Policía se había puesto sobre aviso después de la explosión de Palacio, y Sabatés, Prats y comparsa andaban hechos unos perdigueros.

~~El solo hecho de penetrar dentro del Palacio donde residía Weyler, indica un valor rayano en temeridad, si se tiene en cuenta que Weyler, sabedor de que trataban de quitarlo del medio, valiéndose de todos los recursos, tenía situados varios guardias de~~